

EDITORIAL

Es imposible pensar en una historia europea sin hacer una referencia al nacionalismo. Con la Revolución Francesa se convirtió en una ideología moderna y compleja, con características que han ido variando con el tiempo y que, en ocasiones, aparecen como contradictorias. Los revolucionarios franceses hablaban de principios civiles, libertad, igualdad, fraternidad, sin embargo cuando los súbditos se convertían en ciudadanos esperaban poder pertenecer a una cultura étnica dominante, con una lengua y una tradición. Así, desde los tiempos de la Revolución, el nacionalismo ha sido radical en su anti-imperialismo, liberal en su capacidad para construir estados o reaccionario en su esfuerzo por poseer una etnicidad dominante y reprimir las aspiraciones de la minoría. El nacionalismo fue utilizado por los serbios contra el Imperio Otomano, por los belgas en la construcción de un nuevo estado liberal y por los románticos alemanes para imaginar un *lebensraum* definido por la sangre y la tierra.

De este modo, el nacionalismo se puede asociar virtualmente a cualquier credo y programa económico. Fue una ideología que floreció en el siglo XIX revistiendo de una identidad cohesiva durante el periodo de la movilización de las masas durante las revoluciones política e industrial. También pudo ofrecer una idea racional en oposición al orden imperial. Incluso posee una mayor capacidad de movilización de masas muy superior al socialismo o al liberalismo.

El nacionalismo no “hibernó” durante la guerra fría. Los gobiernos liberales lo utilizaron de manera selectiva para reconstruir sus sociedades y sus economías o para construir políticas exteriores que los diferenciaban del resto. En Europa Central y Oriental, los regímenes comunistas utilizaron el nacionalismo para promocionar su popularidad cuando ésta se encontraba en declive. Así, a pesar de la purga de los “nacional comunistas”, durante la ruptura soviético-yugoslava el nacionalismo volvió bajo diferentes ropajes, empleado, por ejemplo, por el gobierno polaco para desacreditar a los estudiantes disidentes. El nacionalismo también fue un arma utilizada por los disidentes de estos regímenes, a los que permitía culpar a la Unión Soviética como nación agresora y al estalinismo como a una ideología ajena.

La guerra fría, por tanto, no fue una discontinuidad en la historia del nacionalismo europeo, sino que lo condujo a través de distintas formas y expresiones. Tras su fin, por el contrario, actuó de manera más explícita, articulando demandas, anteriormente impensables y prohibidas, dirigidas hacia el poder del estado, la autonomía cultural o el control territorial.

Uno de los principales desafíos que se han encontrado a lo largo del tiempo los estudiosos del nacionalismo ha sido la elusividad de este concepto, debido, en gran medida, a la dificultad de hacer generalizaciones sobre fenómenos tan diversos como los rebeldes marxistas del Kurdistán turco, los paramilitares serbios y croatas, la política del gobierno ruso hacia Chechenia, los esfuerzos de Helmut Kohl por la unificación alemana o la eurofobia de Margaret Thatcher. El nacionalismo parece que puede unificar tanto a filosofías muy diferentes como a multitud de agentes: rebeldes peleando por su liberación nacional, gobiernos estatales promoviendo sus prioridades nacionales, grupos

reaccionarios llamando a la limpieza étnica, o populistas reclamando la resurrección del imperio.

La caída de los regímenes de tipo soviético de Europa Central y Oriental inició una serie de procesos de cambio político, social y económico en toda la zona. Estos procesos han tenido lugar en un contexto, cuando menos, difícil puesto que la región proporciona un complejo mosaico de creencias, partidos y agrupaciones políticas.

Antes de 1989, en esta región se desarrollaron numerosos conflictos étnicos, económicos y políticos que marcaron a estos países una dirección completamente diferente de la que siguieron las naciones estado de Occidente, especialmente en la parte sudeste o zona balcánica.

El paisaje que se nos ofrece es el de una total fragmentación etnonacional del área, en la que existen unas claras incongruencias entre fronteras étnicas y políticas pese a todas las políticas asimilacionistas y migratorias que se han desarrollado desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

De este modo, encontramos sociedades plurinacionales con la presencia de importantes minorías históricas (húngaros asentados en Rumania, turcos en Bulgaria o albaneses en Kosova y Macedonia). Las tensiones en estos casos se duplican puesto que las nacionalidades titulares (o mayorías étnicas o religiosas) sienten una fuerte amenaza sobre su cultura, especialmente debido al factor demográfico (mayor crecimiento poblacional de turcos y albaneses); o expresan su solidaridad con los compatriotas asentados en países vecinos que muy frecuentemente se encuentran en situaciones económicas poco favorables.

Así, lejos de instalarse en el Viejo Continente la tranquilidad esperada por muchos, lo que llegó fue una situación de franco desconcierto. Los valores de la democracia liberal se encontraron con una profunda crisis económica, el problema de la degradación medioambiental y un importante crecimiento demográfico. A pesar de la relativa prosperidad económica que vivía Europa, ésta no fue inmune al orden global imperante que proporcionaba un terreno muy fértil para la reaparición del nacionalismo. El resurgimiento más significativo tuvo lugar en los países de Europa Central y Oriental con la presencia de tensiones inspiradas por el nacionalismo que se han extendido a lo largo de toda la región desde los Balcanes hasta el Asia Central. Incluso en aquellos países en donde no ha habido un conflicto armado, el nacionalismo reemplazó muy rápidamente a los regímenes del periodo anterior. Después de años de sumisión a la dominación ruso-soviética, los países del Este buscaron su propia particularidad nacional creando nuevos himnos, banderas y ejércitos.

Lo que aquí se ha intentado conseguir es la reunión de una colección de ensayos que permitan observar y analizar con cierta perspectiva la cuestión del nacionalismo y los problemas de minorías nacionales en Europa Oriental, teniendo en cuenta sus características específicas. El lector interesado en estos temas podrá encontrar trabajos de dos tipos. Por un lado, aquellos que exploran la realidad de la región desde un punto de vista transversal y transnacional y, por otro, artículos que prefieren centrarse en países o subregiones más concretos. Todos ellos aportan una visión original y novedosa de los problemas de los nacionalismos y las minorías en Europa Central y Oriental, no sólo en lo que respecta a los trabajos publicados dentro del marco académico español, sino también a nivel internacional.

Editorial.